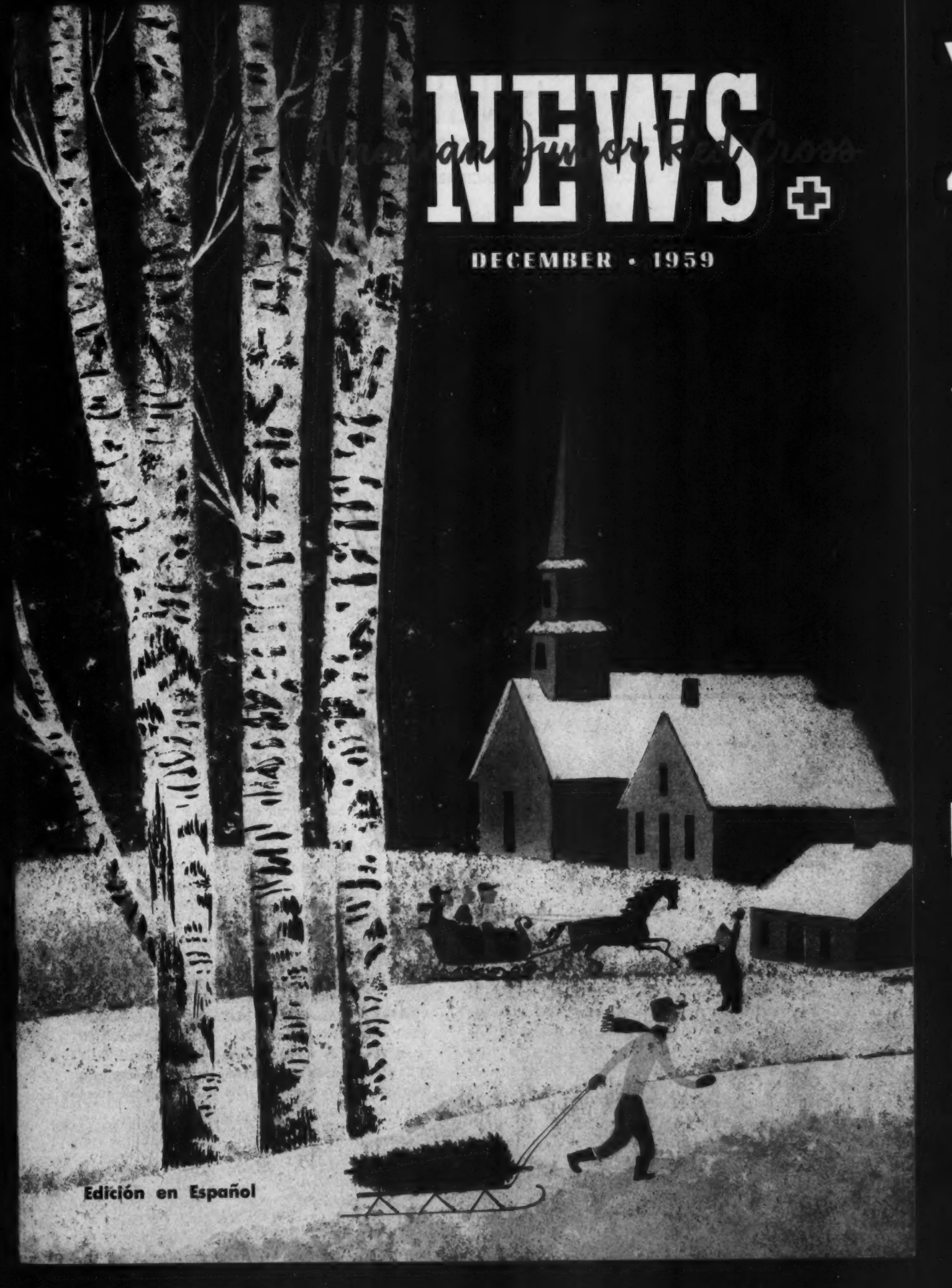


NEWS

DECEMBER • 1959

Edición en Español



	Página
Cubierta	1-20
Contenido y Notas del NEWS	2
*Cuento—La Piñata del Día de la Navidad	3
Recompensando Una Buena Obra	7
¿Puedes Ayudar a Santa Claus? (cuento gráfico) ..	8
Regalos de Navidad de la Naturaleza	10
*Una Frazada Para el Niño Jesús	12
*La Mejor Navidad	15
Santa Claus en una Canoa	19

* El contenido del NEWS es propiedad literaria. Sírvase dirigirse a la editora antes de reproducir los artículos o ilustraciones marcadas con una estrella. El resto del material puede ser reproducido sin previo permiso. Se requiere la cortesía de unas líneas.

CRUZ ROJA NACIONAL AMERICANA

E. ROLAND HARRIMAN Chairman
ALFRED M. GRUENTHER Presidente

OFICINA DE RELACIONES EDUCATIVAS

ROBERT G. GORDON Director
LIVINGSTON L. BLAIR, EDWARD A. RICHARDS. Directores Delegados
THOMAS A. DEVINE, DOROTHY B. TAAFE Subdirectores
MRS. WALTER GRAVES Asesor Voluntario
Directores de Area, Cruz Roja Juvenil—CLYDE HOWARD (del Sudeste), FRED SIGERIST (del Pacífico), ELDON W. MASON (del Mediano Oeste), DELBERT J. PUGH (del Este).

DIRECTIVA DEL NEWS

MAURICE FLAGG Editor
PAULINE JENNINGS Editora Administrador
VIRGINIA D. LAUTZ Editora Artística
RUTH B. BEALE, MABEL BURZYNSKI, THELMA HARTLEY. Ayudantes

"American Junior Red Cross News," Spanish edition, is published monthly, October through May, by American National Red Cross. Copyright 1959 by American National Red Cross, Washington, D.C.

This edition of the American Junior Red Cross NEWS is a project of the American Red Cross Children's Fund and distribution is made to the elementary schools of Puerto Rico enrolled in the American Junior Red Cross. Regular English edition is also furnished to enrolled schools in Puerto Rico. Enrollment is for the calendar year and the enrollment fee is \$1.00 for each elementary class enrolled. For further information concerning enrollment and the Junior Red Cross program see your local Red Cross chapter.

Additional entry at Philadelphia, Pa., Chicago, Ill., and at St. Louis, Mo., for special Spanish edition.

Second class postage paid at Washington, D.C., and at additional mailing offices.

LOS AMIGOS EN DIAS FESTIVOS

● Nuestra Cubierta

Leonard Weisgard, el artista del NEWS, ha pintado para ti una escena de Nochebuena en el campo. Sin embargo no tienes que vivir en el campo para disfrutar de la alegría de la época de la Navidad. En donde quiera que vivas el espíritu de la Navidad te acompañará si tienes el corazón lleno de amor por la naturaleza y para tus semejantes.

● Una Carta de Tierras Lejanas

El Sr. A. D. Lynch de Auckland, Nueva Zelanda, le escribió a los miembros de la Cruz Roja Juvenil de la Escuela Earl Brown en Minneapolis, Minn., dándole las gracias por la caja de regalos que recibió su hijo cuando estaba enfermo en el hospital. La carta decía así: "Mi hijo se emocionó al recibir un regalo enviado desde su gran nación, y estoy seguro que este es un acontecimiento que recordará eternamente. Les deseo que su país siempre tenga paz y prosperidad."

● Una Carta de Aquí

Charles Petersen, alumno de la Escuela Salix Consolidated en Salix, Iowa, nos escribió una carta magnífica contándonos de la representación dramática de la Navidad que los salones de cuarto y quinto grado de su escuela presentaron en la Casa de Ancianos del Condado Woodbury. Charles es el representante de la CRJ de su escuela, y fué maestro de ceremonias en la representación dramática. Su carta dice así: "En el programa hubo varios números musicales e instrumentales por los alumnos de todos los grados, y una representación dramática de la Navidad por los niños del cuarto y quinto grado. Los miembros de la Cruz Roja Juvenil regalaron a la Casa de Ancianos un precioso centro de mesa y varias canastas de frutas. Después del programa cantamos villancicos por los salones y por las escaleras de la Casa. No puedo expresar todo lo que sentimos, pero todo eso hizo que nuestro Día de la Navidad fuera divertido y feliz."

Maurice Flagg, Editor



Ahora que el zapatero no está entre nosotros, quién regalará . . .

La Piñata del Día de la Navidad

por Ann Nolan Clark

Lee este cuento que nos dice como Paco, que le gustaba ayudar a todos, consiguió que el Día de la Navidad en su pueblo mejicano fuera más alegre.

UN BURRITO GRIS caminaba por el camino polvoriento y un niño iba a su lado. Eran dos figuras grises moviéndose en la penum-

bra gris de una mañana de diciembre. El niño se movía despacio y con cuidado. El estaba haciendo el trabajo de un hombre y tenía que hacerlo bien hecho.

El niño se llamaba Paco, y ese día había venido a traer la leche al pueblo para repartirla por todas las casas. Esto lo hacía para ayudar a Pedro que ya estaba viejo y acha-

La Piñata del Día de la Navidad

continúa

coso y muchas veces no podía ir a llevar y repartir la leche.

Esa mañana Paco se veía preocupado. “¿Habrà una piñata este año?”—preguntaba a unos y a otros mientras repartía la leche. Le hizo la pregunta a la esposa del patrón, al Padre y al maestro. Le preguntó también a Juan, el pastor de cabras. Nadie pudo contestarle su pregunta.

Paco necesitaba saber si ese año habría una piñata en la fiesta de la Navidad para los niños. Todos los años había una piñata en la fiesta. Mas en todos esos años su abuelo estaba vivo. Su abuelo era el que preparaba y regalaba la piñata para los niños del pueblo. El abuelo era un gran hombre. El era el zapatero del pueblo. Todo el mundo lo quería y lo respetaba. Ahora él estaba en el Cielo y no podía hacer zapatos para nadie. ¿Quién iba a regalar la piñata? La abuela no podía regalarla. Ella era pobre porque ya no había nadie que hiciera zapatos y ganara dinero para ella. Paco tampoco podía regalar la piñata porque costaba mucho dinero.

Paco ayudaba y ganaba dinero para la abuela. El le hacía mandados al Padre. Le brillaba la campana de la escuela al maestro. Le ayudaba a Pedro a repartir la leche. Se iba con Juan, el pastor, a buscar y recoger las cabras perdidas. Le ayudaba a José, el leñador, a cargar la madera de cedro. El niño siempre estaba ocupado y contento, pero hoy la alegría había huído de su corazón. Se preocupaba por la piñata del Día de la Navidad. ¿Quién podría regalarla?

Todos estaban ocupados preparándose para la Nochebuena y para el Día de la Navidad. Enlucieron la iglesia por dentro y por fuera con cal. Cosieron trajes nuevos para María y el Niño, y nuevos mantos para José y los Reyes Magos. Le hicieron nuevas coronas de flores de papel a los ángeles. Lavaron todas las casas y limpiaron las ventanas.

“La iglesia y nuestras casas están listas para la llegada del Santo Niño,” dijeron todos cuando terminaron la limpieza. “Ahora tenemos que empezar a preparar la fiesta de

Navidad de los niños. La vamos a celebrar en el patio de la casa del alcalde, tal como se ha hecho todos los años. El patio es grande y está siempre limpio. Además hay un árbol de aguacate con ramas bajas y fuertes en donde se puede colgar la piñata.”

“¡Ah, la piñata!”—dijo el alcalde. “¿Quién la va a regalar este año?”

La gente del pueblo se miraban unos a otros. “¿Quién será?”—se preguntaban entre sí.

“Vamos a celebrar un mitin. Muchas cosas importantes se han decidido en mítines,” dijo el alcalde.

Así fué que se celebró el mitin. La gente allí reunida pensó y habló mucho. Todos movían la cabeza preguntándose: “¿Quién regalará la piñata ahora que el zapatero no está entre nosotros?”

Al alcalde se le ocurrió una idea. “En la fiesta tiene que haber una piñata. ¿No es así?”

“Así mismo es,” contestaron todos.

“Muy bien, pues tendremos una,” dijo el alcalde. “En vez de regalarla una sola persona, la regalaremos entre todos. Cada uno dará lo que pueda.”

Todos pusieron atención a lo que el alcalde decía. “Eso está muy bien. Así lo haremos,” dijeron todos los concurrentes.

Luego celebraron otro mitin para decidir qué clase de piñata se iba a preparar. Este mitin duró mucho tiempo porque cada uno tenía una idea diferente. Después de llevarlo a votación veintiuna vez, se pusieron de acuerdo. “La haremos en forma de cotorra.”

Luego celebraron otro mitin para decidir lo que cada uno iba a contribuir. “Yo cedo mi patio, la rama más baja y fuerte de mi mejor árbol de aguacate, y doy la cuerda para amarrarla como he hecho todos los años,” dijo el alcalde. Eso estaba muy bien. Todos estaban contentos.

“Yo daré el alambre y el papel crepe rojo, azul, verde, amarillo y anaranjado,” dijo el dueño de la tienda. “Todo eso cuesta dinero pero yo lo tengo en mi tienda. Lo daré con mucho gusto.” Todos se alegraron mucho porque tenían muy poco dinero.

Uno de los libros del maestro tenía la lámina de una cotorra. El se lo iba a prestar al que preparara la piñata.

Todos hablaron por turno. Cada hombre dijo lo que iba a hacer. Pedro iba a traer leche. Juan traería queso de leche de cabra. José ofreció traer la leña para los fuegos del día de la Navidad.

“Yo también quiero contribuir con algo para la piñata,” dijo Paco.

“No, no, Paco, eres muy pequeño todavía. Tú lo que debes hacer es venir a participar de la fiesta,” dijeron algunos de los hombres.

Sin embargo, Paco no estaba conforme. El quería ayudar también. El niño no les quería decir que al ayudar en algo él se iba a sentir como si su abuelo estuviera allí con ellos. Eso le diría a su abuelo que él, Paco, había ocupado su sitio en las tradiciones y costumbres del pueblo.

¿Qué podría hacer Paco? El se devanaba los sesos pensando. No tenía dinero para comprar nada. No poseía ninguna cosa que pudiera regalar o prestar. Se le llenaron los ojos de lágrimas. ¿Qué iba a hacer?

“Tú, Paco, te olvidas de una cosa. Tú tienes algo para dar. Das tu tiempo y tu cooperación. Tú ayudas a todo el mundo,” dijo el Padre.

Una amplia sonrisa borró las lágrimas de Paco. ¿Qué bueno, qué contento estaba! Ya sabía lo que iba a hacer. “Barreré la plaza. La tendré limpia para los que paseen en ella.”

Todos estuvieron de acuerdo en que era una gran idea. Paco podía mantener la plaza limpia.

El único que nada había prometido era el Padre. No tenía dinero para comprar nada. No tenía nada para dar o prestar. Tampoco podía ayudar en ningún trabajo debido a su avanzada edad. “Ya sé lo que puedo dar,” dijo el Padre. “No es gran cosa, pero yo puedo dar la harina de trigo para el engrudo. El día de la Navidad comeré tortillas de harina de maíz en vez del bollo de pan. Después de todo, eso no me viene mal pues estoy demasiado grueso.” Todos se le quedaron

mirando y al verlo tan delgado se rieron de su broma. “Muy bien, Padre, así no seguirá engruesando.”

En el pueblo había una sola mujer que supiera hacer la piñata. Era la que la hacía todos los años. La gente la llamaba Mamacita. Mamacita empezó a dar órdenes a sus hijos y enseguida empezó a preparar la piñata.

“Corre, Carlos, corre,” exclamó. “Ve a la tienda y dile al dueño que me mande el alambre y los papeles de colores que él ofreció.”

Mamacita miró a su alrededor. “Ustedes, Francisquita y Felícita, cojan la harina de trigo y hagan el engrudo. Se fijan que quede suave y que no sea ni muy ralo ni muy espeso.”

“Tú, Rosa Linda, ve a casa del maestro a buscar el libro. Juan, búscame las tijeras. José, tú enriza el papel de color.”

Cuando llegó el alambre, Mamacita le dio forma. Cuando llegó el papel, en el acto lo desenrolló. Cuando llegó el libro, buscó la lámina de la cotorra.

Cuando Paco terminaba sus quehaceres se iba a barrer la plaza. “Abuelo, tú sabes que uno de tu familia está ayudando para regalar la piñata,” canturreaba Paco mientras barría.

La alfarera trajo la vasija de barro para que Mamacita la pusiera dentro de la piñata. Ella había hecho la vasija y la había pintado especialmente para la piñata.

El fabricante de muñecas vino. Trajo una caja de muñecas tan grandes como los dedos de su mano. Algunas estaban vestidas con pantalones y camisas blancas, tenían pequeñas sandalias de cuero y sarapes de colores vistosos por los hombros. Otras tenían blusas y faldas de colorines, rebozos azules, y pendientes y collares de cuentas.

En el medio de la plaza estaba la vieja tarima desde donde se daban los discursos en las fiestas. Ya necesitaba una reparación. Una de las tablas del techo se le había caído. Paco sacó una de las tablas del banco de trabajo del abuelo. El estaba seguro que a su abuelo no le disgustaría. Además, el abuelo ya no necesitaba el banco. Resultó muy larga pero Paco no tenía serrucho con que cortarla. “Ponla así,” le dijo el alcalde. “Más tarde yo vengo y la aserrucho.”

Todos estaban ocupados. Al frente de la

casa de Mamacita había una fila de personas esperando para entregarle las muchas cosas que ella iba a echar en la piñata.

El fabricante de juguetes vino cargado con toros y toreros, con bailarines y enanos en ruedas.

Paulita trajo vajillas de muñecas. Benita, la ciega, trajo pitos y campanitas de barro. Josefa trajo una canasta de bizcochos, una bandeja con galletas de florecitas, frutas abri-lantadas y pajaritos de caramelo.

La fabricante de velas trajo varios cirios. "Estos no son para la piñata. Son para la iglesia," le dijo a Mamacita.

Mamacita y sus hijos envolvieron todos los regalos en papel de color y los acomodaron en la vasija de barro. Luego pusieron la vasija en la armadura de alambre y la cubrieron con la figura de la cotorra. Mamacita la terminó pegándole a la figura las patas, el pico y las plumas de papel crepe enrizado, azules, verdes y amarillas.

Todos vinieron a ver y a admirar la cotorra. Paco miraba el pájaro de papel con satisfacción. Lo acarició suavemente. El

también había ayudado. Por fin la piñata estaba lista. Mamacita la colgó en la cocina para que estuviera segura hasta el otro día.

Esa noche todo el mundo se acostó temprano. El pueblo está silencioso. El viento empezó a soplar. Las nubes arrastradas por el viento cubrieron las estrellas. La luna se escondió. El viento siguió soplando con más y más fuerza. Sopló con tanta fuerza que la campana de la iglesia se cayó de su torre. La ventana de la escuela se rompió. Las ramas bajas y fuertes del árbol de aguacate se rompieron.

Al otro día cuando la gente del pueblo se levantó se llenó de tristeza. Arreglaron la campana de la iglesia. La ventana de la escuela se podía arreglar otro día. Sin embargo no sabían dónde iban a celebrar la fiesta. No había un sitio propio donde colgar la piñata.

Entonces fué que Paco tomó la palabra. Habló tan claro y seriamente que parecía que el que hablaba era su abuelo. "La plaza está limpia y lista. Allí podemos celebrar la fiesta."

"¿A dónde vamos a colgar la piñata?"—preguntó la gente. "No tenemos árboles en la plaza."

Paco habló otra vez. "Ahí está la tabla que era muy larga. Sobresale bastante del techo de la tarima. Me parece que es un sitio muy apropiado para colgar la piñata."

La gente se llenó de entusiasmo. La plaza era un buen sitio. La tabla que sobresalía del techo estaba legítima.

El alcalde trajo la cuerda. Mamacita y sus hijos trajeron la cotorra. Los músicos trajeron sus instrumentos musicales. La contribución de ellos era su música. El maestro dirigió la procesión. Pasaron cantando por el lado de la escuela, por frente de la iglesia, alrededor de la plaza y luego llegaron a la tarima. Colgaron la piñata de la tabla que sobresalía y así empezó la fiesta.

Los músicos empezaron a tocar. El pájaro piñata empezó a cantar. Las campanas de la iglesia empezaron a repicar sus Felices Pascuas dirigidas a los niños y a toda la gente del pueblo.

Ilustraciones de James Ponter



Mamacita le pegó las plumas de papel



Ilustraciones de Tim Evans

La Cruz Roja Juvenil de la Escuela Clara Barton en Filadelfia recompensa una demostración de amistad que le hicieron a la Srta. Clara Barton, fundadora de la Cruz Roja Americana, hace 88 años.

En el año 1870, la Srta. Barton estaba trabajando en la Cruz Roja en Alemania. En la Nochebuena de ese año ella se encontró sola allí. Ella había mandado a sus ayudantes a sus casas a celebrar la fiesta. De pronto, mientras cosía notó las llamas vacilantes de luces en el pasillo. Apartó la cortina y vió un pequeño pino adornado con pájaros de papel, flores, frutas frescas y pequeñas velas encendidas en las ramas.

Sus bondadosos ayudantes habían adornado el árbol para ella. Ellos no entendían el inglés que ella hablaba, pero se daban cuenta de lo triste y sola que debía sentirse estando tan lejos de su país y en una tierra extraña.

La Cruz Roja Juvenil de Filadelfia se enteró de que Loretta Megele, una niña de diez años, iba a asistir a la Escuela Clara Barton. Ella había venido de Alemania con su papá, su mamá y una hermana menor, y ninguno sabía hablar el inglés. Los niños de la Cruz Roja decidieron darle la bienvenida a América a esta familia que acababa de llegar, tal

como aquellos otros niños le habían hecho a Clara Barton en Alemania. Estuvieron varias semanas preparando secretamente la sorpresa con la ayuda y supervisión de la Srta. Kathryn MacFaden, maestra-consejera de la Cruz Roja Juvenil. Llenaron cajas de estrellas plateadas, figuras de pájaros, cascarones pintados, cadenas tejidas de paja y galleticas en forma de Kris Kringle, y las guardaron en el armario de la Cruz Roja Juvenil. Por fin, las manos ansiosas de los niños adornaron el árbol.

El gran día fué el 19 de diciembre. El principal de la escuela celebró una reunión. La familia Megele llegó a la escuela sin saber para qué los habían invitado. Los grados bajos cantaron villancicos alemanes. Marcia Anisman y Anita Larkin, dos miembros de la Cruz Roja Juvenil, explicaron el proyecto en inglés y en alemán. Corrieron el telón y en el escenario apareció un árbol de Navidad adornado al estilo alemán, dándole la bienvenida a la familia Megele. Ellos se llevaron su preciado regalo a su casa dando las gracias con sonrisas de gratitud.

Ahora, la familia Megele de Filadelfia siente que América está llena de amigos y de cariño para ellos.

¿Puedes Ayudar a Santa Claus?

¡Claro que sí! Cada uno de los miembros de la Cruz Roja Juvenil puede hacerlo de muchas maneras diferentes. Las fotografías de estas páginas nos muestran algunas de las actividades en que los miembros de la Cruz Roja Juvenil Americana tomaron parte para alegrar el Día de la Navidad de otras personas.

Para conseguir alegrar la Navidad de los demás hay que dedicar bastante tiempo y hacer

planes. Lo primero es pensar: ¿A quién podemos ayudar? Luego decidir: ¿Qué vamos a hacer para ayudar? Finalmente debemos aconsejarnos con la maestra-consejera de la Cruz Roja Juvenil para preparar los regalos que llevarán nuestras "Felices Pascuas" a los hospitales, las casas de ancianos y a otros sitios en donde hay gente que necesitan que los ayuden y los recuerden en los días de las Navidades.

BOEBLINGEN, ALEMANIA—Los alumnos de una escuela alemana, muchos de ellos refugiados, fueron los invitados de honor de una fiesta de Navidad que una escuela americana celebró. Uno de ellos tiene en la mano una rama de pino.





HERNE, ALEMANIA—El Santa Claus alemán distribuye regalos y cajas de regalos de la CRJ a los niños refugiados de la zona del este.

DESD PETER PHOTO



BOEBLINGEN, ALEMANA—Peter Dierauf reparte dulces americanos a los invitados a la fiesta de Navidad.



CHARLOTTE, N. C.—Peggy Williams, Eddie Sale y Linda Neal de la Escuela Eastover, preparan los adornos.



CAMPAMENTO ZAMA, EL JAPON—Donald Eugene Craft y Cynthia Lardinois llenan la última media de las que se le van a enviar a los soldados hospitalizados en el Japón.



DENVER, COLO.—Esther Walker de la Escuela Steck habla con William Ferrell que es un veterano hospitalizado.

NATURE'S

REGALOS DE LA NATURALEZA

PINO DEL SUR

Este pino que se parece a los que adornamos en la Navidad es de la familia de los coníferos. Sus hojas largas son como pinchos.

ACEBO AMERICANO

Este es una variedad de pino de hojas anchas. Sus bayas rojas y brillantes, y sus hojas espinosas y crespas se usan como adorno en la época de la Navidad.

ABETO OLOROSO

Esta variedad de pino con su forma piramidal es la que se usa en América para árbol de Navidad.

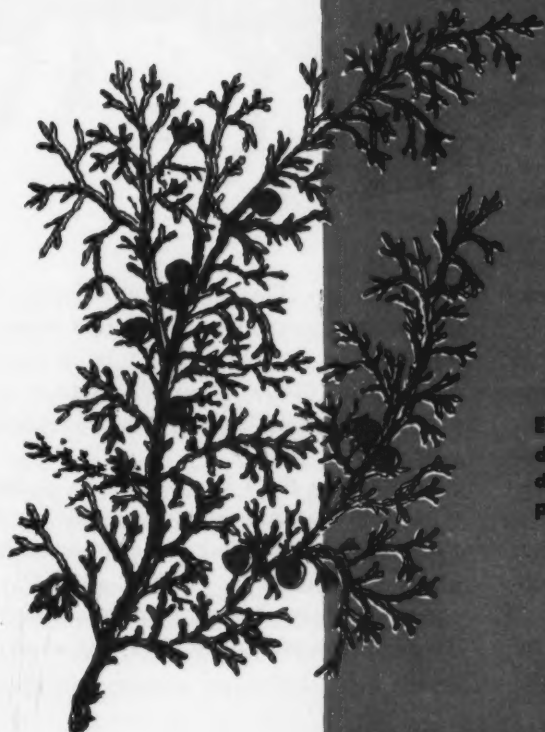


Christmas Gifts



MUERDAGO

Esta planta semi-parásita se consideraba sagrada entre los antiguos gales.



CEDRO COLORADO

Este árbol, cuyas hojas son en forma de escamas planas, es de la familia de los juniperos. Se cultiva en todas partes de los Estados Unidos.

Una Frazada para el Niño Jesús

por Frances Carpenter



Los otros animales le contaron a Mamá Cigüeña acerca del Niño Jesús en la Nochebuena.

¿HAS VISTO TU alguna vez el nido de una cigüeña por dentro?

Dirk tampoco los había visto hasta que un fuerte viento voló las tejas del techo de su casa en Holanda.

La tormenta vino del Mar del Norte y empezó a azotar una noche de diciembre. Las aspas grises del molino cercano se movían a prisa con el viento. Todo el mundo en la finca de los van Heem se despertó con el ruido del viento.

Cuando amaneció al otro día, Dirk y su padre se apresuraron a salir de la casa.

Mynheer van Heem (o sea el Sr. van Heem) quería averiguar qué daños había ocasionado a la finca la tormenta. Dirk quería asegurarse de que el viento no había destruido el nido de cigüeñas que estaba en la chimenea, encima de la casa.

De toda la finca lo que más le gustaba al niño holandés era el nido de las cigüeñas. Por supuesto, que por ser el mes de diciembre, las cigüeñas no estaban allí. Para esa época del año ya hacía tiempo que ellas habían emigrado hacia Egipto en donde el clima es cálido.



Ilustraciones de William Hutchinson

¿Crees tú que las cigüeñas regresen aquí este año? Esta pregunta se la hacía Dirk a su padre todos los años para la primavera. Sin embargo cada primavera las grandes aves blancas con el ala bordeada de negro, y sus picos y patas rojas y largas, se habían posado en la chimenea de los van Heem. El niño enseguida se tranquilizaba pues la gente decía que daba buena suerte el tener nidos de cigüeñas encima de la casa.

Al igual que la mayor parte de sus vecinos, Mynheer van Heem había instalado la vieja rueda de una carreta en el techo de su casa.

Esto lo hacían para que las cigüeñas construyeran allí su nido, pues así sucedía siempre.

Cada año al regresar de Egipto las cigüeñas le añadían más astillas al nido y lo seguían agrandando más y más. Pegaban las astillas tan fuertemente unas de otras que ni aún un viento fuerte podía derrumbar el nido.

Hacía años que Dirk tenía el deseo de ver el nido de las cigüeñas. Sucedió sin embargo, que el techo de tejas de su casa era demasiado empinado. Por esa razón su papá le había prohibido subir allí.

Esta vez en cuanto su papá se subió al techo a poner las tejas en su sitio, Dirk empezó a rogarle que lo dejara subirse también. Por fin el bondadoso holandés consintió y ayudó a su hijo a subirse al techo. Le dijo que se agarrara de la chimenea y que tuviera mucho cuidado no fuera a resbalar y caerse dentro del nido.

“Mira, Vater,” gritaba el niño mientras se asomaba al nido. “Nuestras cigüeñas tapizan su nido con las plumitas blancas que tienen en el pecho.”

“Sí, Dirk,” le contestó el agricultor holandés. “Las cigüeñas construyen los nidos verdaderamente cómodos para sus hijos. Ninguna otra ave cuida tan bien de sus hijos ni los quiere tanto como las cigüeñas. Por eso hace muchísimos años surgió la leyenda del Niño Jesús y la Cigüeña.”

“Vater, tú nunca me has hecho ese cuento,” le dijo el niño que tenía todavía los ojos fijos en el interior del nido.

“Bueno, ya tengo la espalda cansada de doblarme tanto. Deja que descanse un poco y te lo contaré. Ven y siéntate a mi lado, pero no te olvides de agarrarte bien.”

Allí sobre las tejas, tan por encima de las praderas llanas de Holanda, era un sitio poco común para hacer un cuento. ¿Dónde mejor se podía hacer el cuento que al lado de un nido de cigüeñas si estas tomaban una parte tan importante en la leyenda?

He aquí la leyenda de la Navidad que Mynheer van Heem le contó a su pequeño hijo...

EN LA PRIMERA Nochebuena cuando Jesús nació en Belén, las voces de los ángeles se

Una Frazada para el Niño Jesús

continúa

oían cantando en el mundo entero. Sus voces se elevaron en el espacio sobre las montañas y las colinas de Judea y de otros países. Tanto los pastores como sus rebaños podían oírlas.

Alguna gente cree que en la Nochebuena, al punto de la medianoche, los animales tienen el poder de hablar como los humanos y que también pueden entender nuestras palabras. Han sido muchos los niños que se han escurrido dentro de un establo a la medianoche de ese día para ver si oyen a las ovejas y los burros hablando del Niño Jesús. Si alguno ha logrado su deseo, eso no lo sabemos. En esa primera Nochebuena seguramente los animales y también los pajaros podían hablar y regocijarse de lo que estaba sucediendo en Belén. De acuerdo con la leyenda una mamá cigüeña oyó la noticia en Egipto.

La enorme ave blanca tenía el corazón tierno que tienen todas las mamás cigüeñas. Ella pensó en el Bebé recién nacido con cariño y temor reverente, pues El era el Hijo de Dios. De pronto inclinó su cabeza hacia atrás casi hasta tocar su cola y empezó a abrir y cerrar su pico fuertemente. Así es como hablan las cigüeñas.

“Tengo que volar a Belén,” dijo la cigüeña a sus hijos. “Tengo que ver al Niño Jesús.” Sus hijitos ya estaban grandes y ella podía dejarlos sin peligro.

Como era tan buena madre, recogió mucho alimento para dejar a sus hijos bien provistos. De las orillas pantanosas del río Nilo les trajo ranas, sapos y anguilas pequeñas.

Dando pequeños saltos con sus delgadas patas y luego batiendo sus blancas alas, se elevó en el aire. Así empezó su viaje a la Tierra Santa de Palestina.

“¿Está aquí el Santo Niño?”—preguntó

la cigüeña al llegar a la escalinata de piedra de una magnífica casa en Belén.

“No, El no está aquí,” le respondieron. Ella se fué volando hasta llegar a otra casa.

“¿Está aquí el Niño Hijo de Dios?”—volvió a preguntar. “No, El no está aquí,” volvieron a responderle.

Por fin caminó con sus patas largas y rojas hasta la entrada misma de la posada donde María y José habían pedido albergue en esa primera Nochebuena.

“El Niño no está aquí,” le respondió el posadero. “Acá ya no hay albergue para nadie. El Niño está allá abajo en el pesebre del establo.”

Allí fué donde la cigüeña Lo encontró. El Niño estaba con María, Su Madre y José.

Los regalos que había sobre la paja eran espléndidos. Los Reyes Magos habían traído oro, incienso y mirra.

La cigüeña en vez de mirar los regalos, dirigió sus ojos solemnemente dentro del pesebre. Su corazón de madre se entristeció al ver al Niño Jesús acostado sobre un lecho tan duro.

“Este Sagrado Niño no tiene con qué cubrirse,” se dijo la cigüeña. “Sus hombros están tan desnudos como mis polluelos cuando salen del huevo. El también necesita una frazada para calentarse.”

El generoso animal inclinó su largo cuello hacia abajo y empezó a arrancarse las pequeñas plumas que cubrían su pecho. Las plumas de la cigüeña, blancas como la nieve, caían sobre el Recién Nacido. Igual que los Reyes Magos, la cigüeña le brindó al Niño lo mejor que poseía.

“ASI FUE, Dirk, hijo mío, que la cigüeña se dió a conocer como la mejor amiga de los niños. Dice la leyenda que desde entonces la cigüeña por su buen corazón, es reconocida como la mejor amiga del hombre. Por eso es que las queremos tanto en este país y nos gusta que habiten en nuestros tejados.”



La Mejor Navidad

por Anthony Cama

Ilustraciones de Ann Eshner

"Un niño de diez años, grande y fuerte no debe tener esos pensamientos tristes," dijo Nono Giuseppe a Vincenzo.

año la *festa* de Il Bambino Jesu va a ser muy triste. Imagínese que no tendremos fuegos artificiales ni una banda de música."

"¡Virgen Santa!"—exclamó Nono Giuseppe. "Un niño de diez años, grande y fuerte no debe tener esos pensamientos tristes. Todo el mundo sabe que la pesca aquí en Pace no ha sido buena este año. No tenemos la culpa de que las tunas no hayan venido al Estrecho de Messina. Tampoco tenemos la culpa de que nuestros pescadores hayan recogido sus redes vacías y rotas día tras día.

"Tal parece que nos han hecho mal de ojo," dijo Vincenzo.

"¡Bah! Esas son supersticiones. Yo, siendo tu abuelo, no creo en eso. En mis noventa años de vida no he salido nunca de esta isla tan bonita. El Padre Gentile siempre bendice los botes, las redes y las cañas de pescar rociándolos con mucha agua bendita. Además todos los pescadores usan algo hecho de lana roja para cegar los malos ojos. ¡No!"—exclamó el abuelo de Vincenzo sentándose sobre la cesta de pescado y encendiendo su larga pipa. "Yo he visto otros años malos. Lo que hay que hacer es ir a la iglesia y rezarle a Il Bambino Jesu."

"Lo malo es que no tengo ni una sola lira con qué comprar velas," dijo Vincenzo.

Nos sentimos orgullosos de dar a conocer este emocionante cuento de un día de Navidad en Sicilia.

Vincenzo estaba triste. Tenía sus grandes ojos negros llenos de lágrimas y el negro y ondulado pelo echado sobre la frente. Con los pies enterrados en la arena miraba los centenares de redes de pescar tendidas allí a secarse al viento frío de diciembre.

"¡Hola, qué tal, Vincenzo!"—le saludó Nono (Abuelo) Giuseppe acercando su larga barba gris a la cara del niño. "¡Qué cara más triste tienes! Ahora que sólo falta unos días para la Navidad, el día que se celebra la mejor *festa* de Sicilia, no debes estar así."

"Eso es cierto, Nono Giuseppe, pero este

La Mejor Navidad

continúa

“Don Pasquale nos prestará el dinero.”

“¿El rico Don Pasquale? ¿El dueño de las siembras de limones? Ese no da ni un céntimo para la iglesia.”

“Es una lástima que él no haya ido a la iglesia desde que se le ahogó el hijo el día de la Navidad del año pasado. Voy a ir a la iglesia a rezar por él para que Dios lo ayude.” El abuelo de Vincenzo se levantó y se dirigió a la iglesia fumando su pipa lentamente.

Vincenzo echó a andar y sacudió con el pie a un escarabajo que estaba enredado en las redes de pescar. A esa hora los pescadores se dedicaban a remendar las redes sentados entre las filas de botes.

“Si yo tuviera mil liras . . . Con sólo mil liras podríamos celebrarle una gran *fiesta* a Il Bambino Jesu.”

Subió por el paramento empedrado a orillas del mar y se alejó de la playa. Con pies desnudos recorrió el polvoriento camino que llevaba al pueblo. Pasó por donde estaban los carritos cargados de barriles de aceite y de vino, y de vegetales. Los burritos cansados y soñolientos tiraban de los pequeños carros para llevarlos al mercado de Messina.

De pronto vió algo en el suelo. Era un pedazo de papel pardo rojizo tirado frente al portón de hierro labrado de la casa de Don Pasquale. Vincenzo lo agarró, lo escondió en su pecho y se apresuró a entrar en el pueblo. Desdobló el billete y casi no podía creerlo. El corazón le dió un vuelco de alegría. ¡Sí, sí, era cierto . . . no había duda! Era un billete de 1,000 liras.

Sintió una gran alegría. ¡Cuánta ropa y zapatos nuevos podía comprarse! ¡Cuántos regalos podía comprar para la familia! Se sentía tan contento que le daban deseos de bailar una tarantela en la calle.

“Tengo que irme enseguida a casa y decírselo a Nono Giuseppe, a Mamá y a Papá,” se dijo a sí mismo en voz alta. No había dado

más que unos pasos cuando un recuerdo lo hizo suspirar.

“Yo recé y le pedí a Dios que me amparara estas mil liras para celebrarle una gran fiesta al Niño Jesús. Se prenderían fuegos artificiales que llegaran al cielo. Una banda bien grande tocaría música alegre en honor a Il Bambino Jesu.” En verdad eso es lo que él debía hacer. El debía darle el dinero al Padre Gentile. Se volvió del camino y se dirigió hacia la iglesia. Cuando pasó por frente del portón de la casa de Don Pasquale un frío le corrió por el cuerpo. “Ese billete no es tuyo. No te pertenece. No haces bien en quedarte con él,” le decía una voz interior.

Se le formó un nudo en la garganta. Se sentó en la escalera de mármol a la entrada del pueblo y los ojos se le llenaron de lágrimas.

“Este billete no es mío,” se decía Vincenzo llorando. “No me pertenece. Estoy seguro que es de Don Pasquale. Sólo él tiene billetes así.”

Vincenzo se levantó. Ya sabía lo que tenía que hacer, devolver el billete a su dueño. Se arregló los pantalones cortos de tela de algodón obscura y su camisa de hilo blanco. Estiró la mano y cogió el llamador de hierro. Toco una o dos veces.

La puerta se abrió y Don Pasquale apareció en ella.

Vincenzo miró al rico terrateniente y empezó a sentir miedo. Todo lo que había pensado decirle se le olvidó de pronto. El corazón le temblaba. Luego, el milagro de los milagros, la boca siempre seria de Don Pasquale se sonrió.

“No tengas miedo, pequeño,” le dijo. Desde la ventana ví cuando te encontraste el billete. Eres tan honrado que vienes a devolverlo.”

“Por poco no vengo.”

“¿Por qué, hijo?”

“Al principio pensé usarlo para mi familia y para mi. Luego pensé llevárselo al Padre Gentile para que le celebrara una gran fiesta

Il Bambino Jesu. Nuestra iglesia es tan pobre. La gente del pueblo no tiene dinero porque la pesca de este año no fué buena." El niño siguió hablando de la pobreza y la necesidad que tenía la iglesia. En un momento que dejó de hablar miró a Don Pasquale que tenía los ojos llenos de lágrimas. Al niño entregarle el billete, se le salió un sollozo.

"No llores, pequeño," dijo Don Pasquale. "Tú me has abierto los ojos. El Cielo oirá tus plegarias. Tu honradez será premiada. No me des el dinero. Iremos juntos a la iglesia. Daré 1,000 liras en memoria de mi hijo para la celebración de la Navidad."

El corazón de Vincenzo se llenó de alegría. Era casi un milagro. Le tomó la mano a Don Pasquale y salieron. Al poco rato llegaron a la iglesia. Esta estaba llena de gente y de velas prendidas. Llegaron a la pila de agua bendita, se mojaron los dedos y se persignaron. Luego caminaron hasta el altar en donde estaba el establo de Belén con la Sagrada Familia. En el presepio lleno de paja estaba Il Bambino Jesu.

Se arrodillaron. "En el Día de la Navidad vamos a tener una fiesta magnífica," dijo Don Pasquale en voz baja. "Pon el dinero en el pesebre. Las mil libras se las regalo a Il Bambino Jesu."

"Dios lo bendiga, Don Pasquale," murmuró Vincenzo. "¡Será la mejor fiesta de toda Sicilia!" El niño sacó el billete, lo abrió y lo puso en el pequeño pesebre.

Don Pasquale se bajó y siguió hablando en voz baja. "Voy a hacer otra cosa más. El día de *La Befana*, el 6 de enero, yo voy a ser el bondadoso Befana para todos los niños del pueblo de Pace."

"¡Oh, oh!"—Vincenzo no pudo decir nada más.

"Voy a buscar un saco grande y a llenarlo de dulces y juguetes para los niños del pueblo. Visitaré a todos los pescadores. Voy a regalar un peso en plata a cada bebé de cuna. Recuerdate Vincenzo, esto es un secreto entre tú y yo. No debe saberlo nadie más."

"No se lo diré a nadie," prometió Vincenzo. "Bravo. Ahora vete a tu casa. Déjame solo que quiero rezar."

Vincenzo salió de la iglesia y corrió por las oscuras calles al mismo tiempo que las campanas de la iglesia Santa María Delle Grazie daban el toque de vísperas. Saltó y pasó sobre una tina de madera como si fuera un pájaro. Entró corriendo por la puerta de su casa que estaba abierta y tropezó con las redes tendidas en la oscura baldosa.

"¡Ven acá, renacuajo!"—gritó la voz iracunda de Papá Antonio. "¿Dónde estabas?" El papá de Vincenzo lo agarró por los pantalones y lo tiró sentado en una silla.

La casa de Vincenzo era como la casa típica de los pescadores de Sicilia, que en el primer piso tiene la cocina y un cuarto para guardar las cañas de pescar, las redes y el equipo de los botes. Sentados alrededor de la mesa de madera, alumbrada por una lámpara grande de kerosén, estaban sus cuatro hermanos, sus tres hermanas y el abuelo Giuseppe. Mamá María estaba sirviendo diferentes platos de *pasta*, *spaghetti* y habichuelas.

Ciccio, el hermano mayor le hizo señas con la mano. "Recuerda que mañana es tu turno de llenar la cántara de agua en la fuente del pueblo," le dijo.

"Además de eso tienes que lavar las odres," exclamó Giovanni, otro de sus hermanos.

"Vamos, muchachos, dejen al pequeño tranquilo," dijo Nono Giuseppe. "Seguramente tiene más hambre que un tiburón."

Papá Antonio se sentó pesadamente en otra silla. "Sí, muchachos, déjenlo comer . . . déjenlo comer."

"Esta noche tenemos que avanzar a recoger la mesa y limpiar la cocina," les recordó Mamá María. "Hoy es que vienen los pastores con sus *ciaramellas* (gaitas sicilianas) a tocar para Il Bambino Jesu en su cuna. Así es que avancen, avancen. Tenemos que acabar de comer pronto."

Cada vez que Vincenzo llegaba tarde, su papá le daba dos correazos. Hoy él había

tenido suerte. Así es que lo mejor era comer ligero y no decir nada más.

De pronto se oyeron voces hablando en voz alta frente de la casa.

“*¡Miracolo . . . Miracolo! ¡Un milagro!*”

Vincenzo corrió a asomarse a la puerta. Allí estaba el Padre Gentile, el de la iglesia del pueblo y detrás, toda una multitud. El viento acariciaba el pelo gris del sacerdote. La emoción alegraba su rostro. En su mano llevaba un billete de mil liras.

“*¡Mille lire! ¡Mil liras!*”—exclamó. “Don Pasquale nos ha regalado mil liras para la fiesta de Il Bambino Jesu. Ahora sí que vamos a tener una magnífica fiesta con una banda de música y muchos fuegos artificiales. Realmente, Dios ha oído nuestras súplicas.”

“Así mismo ha sido,” dijo Nono Giuseppe dirigiéndose al Padre Gentile y haciéndole una guiñada a Vincenzo.

Papá Antonio y Mamá María se persignaron varias veces.

“Vamos a darle gracias a Dios,” dijo Papá Antonio.

Vincenzo y toda la familia se arrodillaron frente a la cuna del Niño. Mientras rezaban, llegaron tres pastores y entraron silenciosamente a la casa sin que nadie se diera cuenta. Eran tres pastores que vivían en la montaña el Faro, en donde tenían grandes olivares y se dedicaban a cuidar de su ganado. Con sus burdas ropas todavía cubiertas del polvo del camino, prepararon las gaitas para empezar a tocar.

Vincenzo se emocionó al oír las primeras notas del villancico.

De al lado de los luceros
En una noche muy fría,
Bajó el Rey de los Cielos
Lleno de amor y alegría.
Bajó el Rey de los Cielos
Lleno de amor y alegría.

¡Oh, Niño Divino!
Tu vida nos diste,
Por amor a nosotros
¡Cuánto sufriste!
Por amor a nosotros
¡Cuánto sufriste!

El corazón de Vincenzo se llenó de alegría. Esta sería una Navidad verdaderamente alegre para todo al mundo.

“*Buon Natale,*” exclamó. “*Felices Pascuas para todos.*”

Vincenzo y toda su familia se arrodillaron a dar gracias por la Navidad.





Santa Claus en una Canoa

Santa Claus a menudo viene en trineo, pero nos tenemos que dar cuenta que así él no puede llegar a todos sitios. El se le ha anticipado a muchos autores de cuentos y algunas veces cambia de medio de transportación para poder hacer su trabajo mejor. Arriba lo vemos entregándole un certificado de natación a un niño inválido, cooperando así con el capítulo de la Cruz Roja de Nassau en Nueva York.



